

## FERROCARRIL DE LOCOS

(CONTINUACIÓN)

con lo que se llenarán los depósitos de agua, la cual, como está alta, podrá servir para moler molinos, mover ruedas eléctricas, regar los campos y para innumerables usos de la vida. No me negarán ustedes que este invento es muy económico y de grandísimo provecho; pero por lo mismo, les pido, por amor de Dios, que se lo guarden; porque me temo, que si llega a oídos de quien yo me sé, se lo apropie, y yo pierda el fruto de mis trabajos y de muchas meditaciones que me costó.

—Y diga usted—preguntó el barbero: ¿No podrían criarse peces y ranas en los depósitos, para servirlos con los gatos a los enfermos de los hospitales, y así le salían al Gobierno de balde las obras de caridad?

¡¡Señores viajeros, que quieran mudar de línea: cambio de tren!!; oímos gritar con voz tan terrible, que acabó en aquel mismo punto con los proyectos. Parecían cosa del otro mundo aquellas palabras. Quien las decía era un sacerdote, que, sin reposo, se asomaba a los coches, invitando a todos los viajeros a cambiar de línea. Estos, cuando notaron la calidad del que nos había sobresaltado, dijeronle mil insultos; pero el sacerdote no hizo caso y prosiguió invitando, con tan buena voluntad y ahinco, como si le fuera en ello toda su fortuna.

Pocos le siguieron. El capellán de monjas rehusó, porque iba tras de una canongía pecadora; la devota de los descarrilamientos decía, que la sotana del empleado *in sacris* parecía de plumón de cotorra; unos caballeres le colgaron un *alárgalo*; ciertos curiales, que no se arrepintieron de su mala vida, le embargaron el manteo; sólo algunos sastres, muy contados, que nunca echaron mentiras, y algunos casados mártires, que contritos y penitentes llevaban a cues-

tas sus mujeres, sudando hieles e hijadeando, hicieron caso del clérigo y mudaron de línea. Pero la mayor parte seguimos, muy a nuestro gusto, sin echar pie a tierra; quien dándose las de guapo, quien de sabio, éste de valiente, aquél de gracioso, y todos de mentecatos perfectísimos: hasta que tomando el tren inusitada velocidad por una cuesta abajo, crujiendo espantosamente el armazón de los coches, silbando desesperadamente la locomotora, entre lamentos, lágrimas, gritos, bascas, trasudores, convulsiones y boqueadas, saltamos el borde de un barranco, y a su fondo profundísimo y ancho fué a parar el tren, haciéndose añicos todo: máquina, coches, enseres, riquezas, y cuanto del lado acá de la vida tienen en estima y precio los mortales.

Ténteme el cuerpo, por si era el mío el que por la vista de sus ojos contemplaba aquella inesperada catástrofe. Y era: deparóme la suerte, a modo de colchón de muelles, en la caída, un montón de oradores, que son todo aire por de dentro; y aunque con el golpe se había roto por muchas partes y por los boquetes se les desaguaba la elocuencia, todavía tardaron harto tiempo en deshincharse. Luego que conocí que estaba vivo, me dí a averiguar la causa del mal suceso; y sorteando los montones de cuerpos muertos y riquezas deshechas, al volver de un más que mediano cerro de cadáveres de concejales y alcaldes, manchados de masa desde las llemas de los dedos hasta los codos, ví con miedo, que unos diablos, armados de tenedores hechos de manos de prestamistas, iban trinchando muertos y echándolos por la boca de un pozo que cerca de allí estaba. Delante del pozo se leían, en las grandes letras negras de cierto cartel, estas palabras:

## ESTACIÓN DE LA MUERTE

¡La hicimos! exclamé. ¡Quién había de pensar en tamaña desgracia, cuando aún imaginaba tirar de la vida algunos años! Helóse me la sangre, daba diente con diente, negáronse las piernas a sostener la carga del cuerpo, y tuve que sentarme encima de la cabeza de un sabio, que no obstante haber chocado contra las entrañas de un usurero, la conservaba entera.

Sobre aquel asiento durísimo sentado, lloraba mi desgracia, cuando sentí que a mis espaldas se reían los diablos con muy grandes carcajadas; y no sin motivo. El tarro en que el naturalista llevaba, entre ranas, a la beata de Iconio, se había roto en la caída, y la beata, libre de su cárcel, daba saltos graciosísimos, huyendo de los que pre-

tendían ensartarla con los triñchantes. Al cabo la pincharon entre cuatro, y diablos, tenedores y beata dieron en el pozo, que a buena cuenta era boca del Infierno.

Cuatro o cinco minutos después de la entrada de tan honrada compañía, el pozo comenzó a vomitar infinitos diablos, que llenos al parecer de inmenso pánico, rabo entre piernas, corrian a esconderse.

—¡Que vienen! decían unos; ¡que me cogen!— decían otros.

No ví nunca salir conejos de la madriguera, persèguidos del hurón, con mayor prisa, que con la que, por escapar del Infierno, se daban los demonios. Así que salieron todos, el pozo comenzó a vomitar condenados; y tras de ellos, saltando como ranas en charco, aparecieron la vieja, un sablista, armado hasta los ojos, un fotógrafo, máquina en ristre, y un cobrador del impuesto de inquilinato. Salir éstos, correr los diablo y precitos y lanzarse de cabeza al Infierno, cuya boca taparon con una comedia de Galdós, dejando fuera a los cuatro, que por lo visto no cabían ni en donde *sempiternus horror inhabitat*, fué cosa de momento. Y a mí me atacó tan fuerte risa de verlos burlados y de notar la prisa de los diablos, que las carcajadas me restituyeron a la vida, quedando alegre de la vuelta y no poco escarmentada del suceso.

